

II.

LA MAÑANA.

¿A qué hora principia la *mañana*?

Dicho se está que principia á la variable hora del *amanecer*; y como hasta los más baratos *Almanagues* expresan el minuto y el segundo en que sale el sol cada día del año, según la longitud y la latitud del punto de que se trate, no tengo necesidad de entrar en más pormenores astronómicos...

Pero no hay que confundirse, caballeros. Todo esto se refiere á la *mañana natural*.—La *mañana convencional*, ó de cada hombre, depende de otras reglas menos seguras ó simétricas.

Comprobación: Para las buenas gentes del campo, y para las malas, que son algunillas, comienza la mañana antes del primer bostezo de la aurora... Cuando

Dios echa sus luces, ya sale humo por el cañón de toda rústica chimenea, pues ya están haciendo las migas ó las gachas en los hogares pastoriles y agrícolas, así como en las posadas, ventas y paradores... El repiqueteo del almirez suena, por consiguiente, antes que el canto de las aves, exceptuando al gallo y á las tórtolas y palomas, que toman las vísperas con más tiempo.

Y aquí me será lícito, y á vosotros muy agradable, traer á la memoria algunas de las cosas bellísimas, cuanto ciertas, que dice nuestro maestro Fr. Luis de León, en *La Perfecta Casada*, acerca de las ventajas y las delicias del madrugar. —Celebra primeramente con Salomón á la solícita labradora *que ganó por la mano al lucero y amaneció antes que el sol*, y añade que «ha de madrugar la casada para que madrugue su familia. Porque ha de entender que su casa es un cuerpo y ella el alma dél, y que, como los miembros no se mueven si no son movidos del alma, así sus criadas, si no las menea ella, y las levanta y mueve á sus

obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama, y no la teniendo por testigo, es peor que madruguen; porque entonces la casa... es como pueblo sin rey ni ley, y como comunidad sin cabeza, y no se levantan á servir, sino á robar y destruir, y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos...»—Discurre luego este fino amante de la Naturaleza acerca de lo saludable y grato que es levantarse *á aquella hora en que despierta el mundo todo junto* y en que *la luz nueva, saliendo, abre los ojos á los animales todos; censura á los que hacen honra y estado y ponen parte de su grandeza en no guardar, ni aun en esto, el concierto que Dios les pone... y pierden por un vicioso dormir lo más deleitoso de la vida, que es la mañana*, y describe esta hora con los vivos, hermosos y naturales colores que vais á ver:—«...Entonces la luz, como viene después de las tinieblas, y se halla después de ser perdida, parece ser otra y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría; y la vista del cielo, y el

colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas), y el aparecer de la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves, ¿qué duda hay sino que suena entonces más dulcemente? Y las flores, y las yerbas, y el campo todo despide de sí un tesoro de olor. Y como cuando entra el Rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosea toda ella... así los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos, á la venida del sol, se alegran, y como para recibirle se hermocean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes... El fresco del aire entonces templá con gran deleite el humor calentado con el sueño; y cría salud, y lava las tristezas del corazón, y no sé en qué manera lo despierta á pensamientos divinos antes de que se ahogue en los negocios del día.»

Después de este himno al amanecer, tan propio del cantor de la vida en su huerto y de la noche serena, reanudo yo mi árida enumeración y declaro que otra

de las mayores complacencias matutinas es oír, en ásperos y extranjeros montes, al cabo de largas horas de obscuridad y desamparo, pasadas bajo militar tienda de lona, el toque de la *diana de campaña*...—¡Nada tan alegre y triunfante! ¡Nada tan gozoso y bendito! Resucitase juntamente á la vida y al afán de gloria, pareciendo dicha envidiable el morir de día, abrazado á la bandera de la patria, en comparación de la pasada noche de angustia y abandono...—De cuantos sueños se pueden dormir en tales campamentos, ninguno parece más dulce que el sueño de una honrosa muerte.

Pero dulce es también vivir; dulce es, entre los lances propios de la *mañana*, tomar, en tiempo de paz y de invierno, chocolate con pan recién salido del horno, y sentarse muy tempranito delante de la mesa del despacho, bien forrados de ropa y con muchos cigarrillos de papel al alcance de la mano, á escribir ensañadas historias, sin miedo á visitas importunas de personajes de carne y hueso...

Dulce es, en tanto que ensillan vuestro caballo para que continuéis larga caminata por tierras moriscas no conquistadas del todo, tomar el aguardiente á la luz de un candil, aun no siendo arriero, y salir de lóbrega venta, como segundo D. Quijote, á entrar en posesión de un mundo que comienza á esclarecer las risas de la aurora...—Porque la verdad es que el alcohol, si bien implacable en lo de arruinar el sistema nervioso, despierta en el alma ideas é intuiciones de indefinible lucidez y atrevimiento, como lo demuestran las obras de Edgard Pöe y de algunos grandes poetas alemanes... y las aventuras de ciertos candidatos á la diputación por su país.

Y dulce es una *misa de pastores* en vísperas de Navidad, en Andalucía, con acompañamiento de zambombas y pandéretas, cuando uno no ha descendido todavía de niño á hombre;—dulce el *toque del alba* en Granada la católica, ó sea aquellas tres majestuosas campanadas de la Catedral, que ponen ahora término á las señales con que durante toda

la noche sigue la vieja campana de *la Vela*, como en los tiempos de Boabdil, regulando los riegos de la extendida vega que fué de los moros;—dulce levantarse con estrellas y salirse traidoramente á los nativos campos, con vastísimas redes de hilo bramante, á cazar chamarines, alondras y otros pajarillos dormidos, que luego, al salir el sol, dan brincos bajo las tendidas mallas, como peces recién sacados del mar...;—dulce es, á propósito de esto último, la pesca de salmones, sorprendidos en sus madrigueras, al comienzo de las rías del Cantábrico, entre el agua marina y el agua fluvial, aunque al propio tiempo llueva sobre vosotros el agua del cielo...;—y dulces, en fin, son los paseos matutinos á la *Fuente de la Salud* que tiene cada pueblo del globo; paseos en que seguramente halláis por primavera infinidad de pálidas niñas, que á la vuelta son rozagantes mujeres, por resultas de haberse bebido cada una tres vasos de agua del acreditado manantial...

Todo esto ocurre en la primera ó segunda hora de la mañana, según la esta-

ción... Entre tanto, suenan ya los golpes del trabajo de artesanos y obreros, en cuyo concierto lleva la voz cantante el martillo del herrador; repican en las malasanas capitales muy populosas las campanillas de las burras de leche ó de los carros de la limpieza; ábrense las casas y salen las cocineras á la compra, mucho más peinadas que lavadas; grita el fatídico enterrador llamado traperero; bárrense las calles; tocan á misa en las pocas iglesias que van quedando (hablo de Madrid), y regresan á su domicilio los trasnochadores de todas clases, después de comerse al paso media docena de buñuelos ó una ensaimada aquéllos que no han perdido en el garito hasta el último ochavo...

Á las *siete* se levantan los niños, por muy principal que sea su familia, y á las *ocho* están ya camino del colegio, aunque llueva ó nieve, con sus bufanditas al cuello y la enorme carpeta de libros pendiente del hombro, en busca de la pícara sabiduría, que á tal ó cual de ellos podrá muy bien servirle de algo, pero que no es indispensable seguramente para llegar á

ser rico y poderoso, ni muchísimo menos para ser feliz...

Á las *nueve* tiene que estar de pie todo empleado del Gobierno ó de Empresa particular; con lo que, á las diez ó las once, se hallará cada uno en su respectiva oficina, medianamente almorzado y contento, y provisto de aquella manguilla de percalina negra que les sirve á todos estos eunucos pecuniarios para no estropear la levita propia en su contacto con los millones públicos ó ajenos...

Á las *diez* han entrado ya alevosamente por debajo de las puertas (seguimos en esta villa y corte) los periódicos de la mañana, como una notificación malévola de muchas más desgracias que venturas; comienzan á saltar del lecho las personas no desarregladas del todo, de las clases aristocrática ó eminentemente política, y entra á engañarlas en su cuarto de lavarse la madrugadora adulación, llevando á remolque la injustificada solicitud, sin considerar que en definitiva tiene más de escarnio que de premio la consiguiente largueza del vanidoso lisonjeado...; si-

guen durmiendo, en el interin, otros magnates de ambos sexos y los demás ciudadanos y ciudadanas que, de grado ó por fuerza, tienen trocadas las *horas*, y quién sueña todavía con el baile, quién con el juego, quién con la comedia ó novela que está escribiendo, quién con el robo, quién con la amorosa cita, quién con la orgía brutal de la noche anterior..., hasta que suenan las críticas *doce* y concluye la verdadera *mañana*...

Es el *mediodía*, aunque para estos últimos principie el día en aquel momento.

Es la hora del pasajero descanso, la hora de la tregua, la hora de...

Pero éstas son cosas que pertenecen ya á otro capítulo.